



LA FALANGE

SUPLEMENTO AL NUMERO 164

— 15 —
céntimos

AÑO II

Semanario de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

Cáceres 8 de Noviembre de 1937

Núm. 164

LA VOZ DE LA FALANGE

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA POR NUESTRO CAMARADA FERNANDEZ CUESTA, EL DIA DE "LOS CAIDOS"

Texto taquigráfico del discurso.

Saludo y gratitud

Camaradas del yugo y de las flechas: Camisas azules de la Patria, participes en la revolución nacional y en la salvación de España: escuchad a un viejo camarada, que al encontrarse de nuevo entre vosotros, merced a las gestiones del Caudillo, a quien rindo todo el tributo de mi pública gratitud, desde esta tierra de clásica belleza, más bendita que nunca porque está empapada con la sangre de muchos de sus hijos, baluarte magnífico de nuestra reconquista, ganada y defendida por obra milagrosa de un heroico soldado español, os dirijo un saludo, un saludo tan lleno de emoción que ni la sobriedad militar de nuestro estilo ni la rigida disciplina de nuestros actos han podido evitar.

Escuchad una voz de la Falange: En este instante transido de dolor al recordar al amigo de siempre, compañero de los años difíciles, al que luchando solo contra los egoismos y rencores en que se desenvolvía la vida nacional, supo encontrar de nuevo la vena auténtica de España, y volver hacia ella los ojos de su juventud de héroe, al Ausente, al que, teniéndolo todo, todo lo dió por su Patria, al que siendo el mejor entre los mejores, es acorralado, afrentado, encerrado como fiera salvaje, sin tener más culpa ni haber cometido más delito que lo sublime de su valor y lo excelso de su inteligencia. (Ovación.)

Al recordar a Julio Ruiz de Alda, a Onésimo Redondo y a tantos miles de camaradas nuestros, pedazos de nuestra carne, jirones de nuestra alma, que se fueron para siempre porque querían una España mejor y más humana esa España nueva que estáis forjando a paso de gigante, arrojando todos los obstáculos, en la que todos hemos pensado constantemente, los unos en las horas duras del combate, los otros en las noches tristes de las prisiones.

«No importa»

Pero no importa. «No importa» es nuestro lema. No importan las amarguras, no importan los sufrimientos, no importa la sangre vertida, no importa ni siquiera que nos hayan arrebatado tantas figuras queridas, porque lo que no han podido arrebatarnos ni nunca podrán, es su recuerdo, sus enseñanzas, sus doctrinas, que es la misma enseñanza al escuadrista bisoño que a los camaradas de la vieja guardia, y la lleváis metida en lo más hondo de vuestro corazón y en lo más profundo de vuestra alma. (Muy bien. Grandes aplausos).

Ni podrán tampoco arrebatarnos nunca el convencimiento absoluto de que lucháis, no por defender posiciones ventajosas ni privilegios irritantes, ni por aferrarnos en justicias seculares ni defender sistemas económicos caducos, ni para dividir a España en castas de conquistadores y de conquistados, ni mucho menos para que vuelvan a gobernar los caciques y los politicastos, los que no creían en la Falange cuando sus hombres ya caían abatidos por las balas en las calles de nuestras ciudades. Los caciques, los politicastos, que con camisas de cualquier color y con denominación nueva, juegan siempre a ganar y nunca a perder... (Una gran ovación, que se prolonga, corta el párrafo del orador, impidiendo escuchar el final).

Repito, los malos, los que por sus errores y equivocaciones están causando la muerte de lo más florido de la juventud de España, sepan que estáis luchando porque sabéis que vuestra causa es santa, que vuestra causa es justa, porque queréis que España sea Una, Grande y Libre, libre de la tiranía marxista roja, sin necesidad de que caiga en manos de los de ningún otro color, porque, en definitiva, no podréis consentir que la España de Isabel y de Fernando, de Lepanto y de El Escorial, de los santos, mártires y poetas, se pudiera convertir en el campo de

ensayo de las doctrinas de un visionario que calificaba de canallas a los trabajadores y que no veía en ellos sino el instrumento de comprobación de sus doctrinas.

Yo os aseguro, camaradas, que en todo el tiempo que ha durado mi ausencia, pensaba sin cesar en los antiguos y ansiaba conocer a los modernos, y hoy que os veo juntos, a los unos y a los otros, con las camisas viejas de la primera, con las camisas nuevas de la hora actual, hoy que por todas partes he comprobado vuestra abnegación y sacrificio en las horas difíciles atravesadas por la Patria, más que nunca me siento orgulloso de vestir este uniforme y afirmar mi fe nacionalsindicalista y ofrecermelo sin reservas al servicio rendido de la Falange y de crearme uno de los más auténticos depositarios del pensamiento de José Antonio. (Ovación.)

Pues bien; con este título, para mí el más preciado—y que sepan los mal intencionados que lo invoco sin el menor afán de especular en él, que si lo hiciera sería el peor de los nacidos—os pido unión fraternal, camaradería entre nosotros, que desde el día en que nuestro Caudillo, alzando la bandera nacional, arrastró enardecido a lo mejor de nuestro Ejército y de nuestra juventud, se colocaron y siguen a sus órdenes, adhesión fiel y fervorosa hacia él; que le ayudemos sin reservas ni vacilaciones en la tarea que ha emprendido de rehacer la nueva España, tanto más cuanto más dolores nos cueste el alumbrarla.

Responsabilidad

Que os déis cuenta de la tremenda responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros, de la trascendencia de nuestros actos, que el mundo entero aguarda siempre con expectante curiosidad; del supremo afán diario del cumplimiento de nuestro deber, del deber sagrado que tenemos para nuestros muertos, de pagar la deuda que los que vivimos hemos contraído para con ellos,

para que en su implacable justicia no nos demanden ante el tribunal de su eterno desprecio los que han sabido llenar toda la anchura de la tierra de España para morir por ella. (Gran ovación).

Porque tened muy presente que el Alzamiento nacional, iniciado por el Ejército dentro del clima que nosotros habíamos sabido crear, y seguido por varias fuerzas civiles, ha venido a polarizarse alrededor de las dos que representan la antítesis de la España que teníamos y, por ello la nuestra, la que ya viene, la que ya está llegando. Y es esto así. Y si es mucho lo que nos une y poco lo que nos separa, no podíamos faltar a la cita histórica que Dios nos ha deparado y aprovechar la coyuntura que se nos presentó y que quizás no vuelva a presentarse en muchos siglos, de modelar a España a nuestro gusto, formando un frente homogéneo de combate que oponer a las fuerzas de la anti-España, que no creáis que tan fácilmente se han de conformar con desaparecer.

Posición de gobierno

Y no olvidéis tampoco que hemos remontado ya la cumbre de la posición rebelde para empezar a descender a la llanura de la serena gobernación, donde, sin dejar enfriar para nada la llama de nuestro ardor militante, hemos de demostrar al mundo que tenemos no sólo la capacidad heroica necesaria para morir por España si es preciso, sino también la capacidad política necesaria para trabajar por ella y hacerla revivir. Y en esta hora final de reconquista en que vivimos, de dolor y de tragedia y en trances tales, los pueblos, como los hombres buscan unión y no división, hermandad y no antagonismo. Tenedlo muy en cuenta y no vayamos a hacerle el juego al enemigo común, encubierto o descarado. No vayamos también por nuestra incompreensión a hacer esteril el triunfo de las armas,

como sucedió en España en otra ocasión, también de independencia.

Somos un movimiento nacional que abarca toda España

Y no olvidéis tampoco, no olvidéis que no somos una fracción ni un partido político más, que somos un movimiento nacional que abarca España entera y, por consiguiente, que no podemos cruzar los brazos ni cerrar los brazos a todos aquellos que, arrepentidos de los pasados errores o desaparecida la nube de su razón al conjuro de lo exacto de nuestras previsiones y lo auténtico de nuestras doctrinas, vuelven hacia nosotros con afanes de hermandad y deseos de cooperación. Pero que tengan mucho ojo. Se lo advertimos lealmente. Que nuestro juego es limpio, enérgico, viril. Que sacerdotes de nuestro culto, no consentimos ni herejías ni falsificaciones. Que estamos en tarea de servicio y no de beneficio, dispuestos, como siempre, a arrojar de las tiendas inmaculadas de nuestro campamento a todo aquel que crea que por ser rico en caudales de dobles las puede manchar. (Ovación).

Nosotros somos sinceros y no engañamos a nadie. La revolución roja se ha caracterizado por ser la revolución de la falsificación y del engaño. Es la revolución del fraude. Se hace con el nombre de la tolerancia, y las iglesias están destruidas o dedicadas a menesteres profanos. Se hace en nombre de la libertad, y es la tiranía marxista la que impera. Se hace con el nombre de la redención del proletariado, y sus hombres, los proletarios, se encuentran más enloquecidos por el hambre y más famélicos que nunca. Se hace en nombre de la independencia, y las brigadas internacionales son sus principales fuerzas de choque, y sus mandos extranjeros los más importantes.

La constante verdad de la Falange

Nosotros, en cambio, desde el primer momento, desde el día que alzamos bandera el 29 de Octubre de 1933, precisamente en el acto que hoy conmemoramos, a través de la voz mágica y profética de José Antonio y de otros camaradas, lanzamos al viento el grito de advertencia, dignos, sin rodeos, sin ambages ni celajes de ninguna clase, contra las doctrinas económico-políticas del liberalismo, señalando que era el camino llano que nos había de conducir al régimen bolchevique; que no se trataba de ganar elecciones ni de derribar gobiernos; que se trataba nada menos que de escoger entre dos caminos, entre dos concepciones de la vida: de un lado la asiática, mate-

rialista y de clase, y de otro, la occidental, cristiana y totalitaria. Y dijimos también que la fuerza arrolladora del proletariado, basada en gran parte de la justicia de sus reivindicaciones, no se podía contener con débiles defensas, sino que era preciso emplear procedimientos nuevos, heroicos, tajantes, como ya los habían empleado otras naciones que habían pasado por situaciones semejantes a la nuestra, inspirados siempre en romper la capa, la modalidad que había imperado en España en los últimos años, dándole una emoción histórica hacia arriba y asentándola en una auténtica justicia social por abajo. Pues bien, cuando llegue la victoria, fijando el término de la guerra, cuando nuestras banderas victoriosas, al llegar hasta el último rincón de la Patria, permitan que nos pongamos en contacto con las grandes masas proletarias, urbanas y campesinas, cuando, como ha sucedido ya en muchos de los pueblos, se han enterado de lo que somos y de lo que realmente representamos, tened la seguridad, camaradas, de que esos miles de hombres proletarios y rebeldes, los no repugnantes y asesinos, que han cometido crímenes que rechaza toda conciencia honrada, y que no pueden quedar impunes, esos miles de hombres, repito, que queramos o no queramos tienen que convivir con nosotros, porque Dios lo ha dispuesto, para ventura suya, que nazcan en España y que sean españoles, a los cuales no se les puede dejar abandonados en su desesperación, sin cobijo para sus almas y para sus cuerpos; esos miles de hombres llorarán de remordimiento al ver que los que ellos creían sus más feroces enemigos, luchaban por su auténtica redención, por librarles de la tiranía de los dirigentes, que habían envenenado sus almas sencillas, y por darles, entre otras cosas, el que puedan entender y amar una Patria grande, de ancha prole, en la que todos quepamos como hermanos, el pan que necesitan y la justicia que han anhelado tanto tiempo. ¡Bravo! Entusiasta ovación de la concurrencia puesta en pie. Una voz grita: «¡Esa es la Falange!»

Nuestra Revolución

Porque somos revolucionarios, profundamente revolucionarios. Y al escuchar estas palabras, nadie se rasgue las vestiduras ni se apresure a incluirnos en la casilla de sus recelos o de su odiosidad, porque lo somos, no en vulgar concepto del dinamitero de mirada torva o corazón reseco, que quiere destruir todo sin construir nada, sino que lo somos en el sentido de hombres conscientes que entienden que la tarea de la generación actual no es sólo la de impedir que en España impere el comunismo, sino implantar un

orden nuevo: (el de hombres que, hartos ya de tantas vacilaciones, verbalismo y fórmulas políticas, que en teoría son todas magníficas, ansían realidades, decisiones, ser mandados con energía, para que con ímpetu arrollador, pero siempre al servicio de un enorme Poder), calar hasta la raíz de la vida española e implantar un régimen que no sea burgués, ni proletario, ni aristócrata, sino para todos los españoles, siempre que todos cumplan con los deberes que su posición en la vida y el interés público exijan. Un régimen en el cual el Estado, sea el pueblo y el pueblo sea el Estado, a través de la escala intermedia del partido; un régimen en el cual las tradiciones históricas de nuestro pasado se armonicen con las exigencias económicas del tiempo en que vivimos y en el que los grandes núcleos de obreros españoles, antes abandonados, mejoren su condición de vida, pero no mediante obras de caridad o de beneficencia, graciosamente concedidas, sino por el imperio de estricta justicia; un régimen en el cual—esto sí es importante—en que todos esos grandes núcleos de obreros españoles se sientan realmente incorporados dentro de la vida nacional.

Nacional-sindicalismo

Porque somos nacionalsindicalistas; es decir, queremos llevar el sentido de subordinaciones de todos los organismos y de todas las instituciones al interés superior de la nación, y queremos montar la vida económica sobre la base sindical, perfectamente compatible con el capital, elemento necesario para la producción, y con la propiedad privada, siempre que sea consecuencia legítima de un esfuerzo personal, pero incompatible con todos esos cubiletes de las jugadas de Bolsa, de los préstamos usurarios, de las combinaciones de la democracia mercantil, de las sociedades anónimas, y, en definitiva con esa serie de abusos del capitalismo especulador. Porque el capitalismo moderno, en un principio, fué familiar; después de grandes dinastías y más tarde de grupos industriales, hipertrofiados, que le hicieron perder aquellas cualidades de libre competencia y de iniciativa que le caracterizaba. El capitalismo, tal como está planteado en la actualidad, ha dado ya todo su jugo de que era capaz y tiene que ser sustituido por otro sistema que, sin caer en la aberración comunista o en otros extremos peligrosos, pueda cumplir el fin que está llamado a llenar.

No queremos ni comunismo, reservándose el producto de nuestros trabajos, ni capitalismo explotador, que tan mal nos parece. Ni que el producto del trabajo de cada uno vaya a parar a la colectividad ni que el producto del trabajo de todos quede en be-

neficio exclusivo de unos cuantos privilegiados. (Ovación.)

Tradición, que, como dijo José Antonio, no es copia servil del pasado, sino afán de adivinar lo que los antiguos harían en nuestras actuales circunstancias. Jerarquía, autoridad, Patria, pan, justicia, sentido militar y religioso de la vida, estas son las normas de nuestra conducta, los pilares de nuestro edificio, la estrella polar que ha de guiar nuestra navegación.

Y cuando hayamos dado cima a la tarea de construir el Estado Nacional-sindicalista que nosotros queremos implantar, cuando el edificio esté sólidamente asentado con carácter de permanencia, en condiciones de resistir los embates de todas las mareas, sin temor a fisuras ni resquebrajamientos, si entonces España, cediendo al impulso de su pasado y de su tradición, reclamase una determinada forma de representación simbólica la Falange que tiene voluntad de Imperio y tiene un solo jefe, creo yo, personalmente, que al menos, en teoría, nada tendría que objetar.

Arriba España

Y ahora, camaradas, vosotros, los que con fe de iluminados empuñáis el fusil en las trincheras; vosotros, los que en la retaguardia, para ganar la paz soportáis estoicos todas las chinchorrieras de la estupidez humana; vosotros, los que en la zona mártir aún lleváis la cruz del martirio, que nada os desanime ni desaliente: firmes en vuestros puestos, en línea de combate.

Tenemos un Caudillo, y guiados por él recorreremos la ancha vía de nuestras ilusiones, y si surgen obstáculos, mejor. Nosotros los venceremos. Si hay que morir de nuevo, moriremos también. Pero España es ya nuestra. La tenemos en los brazos, y pase lo que pase, nadie nos la arrebatara, porque hemos celebrado bodas, hemos celebrado nupcias entrañables y sangrientas, y ya no hay poder humano que nos la pueda arrebatara. (Atrasonadora ovación.)

Escuadras de Falange: Juventud de la Patria: Alza! vuestras banderas y vuestros estandartes que en España ha amanecido ya. Extended bien la mano, y decid con voz recia y templada que se oiga muy claro y en todas partes, que resuene en nuestros corazones como un grito de victoria que a todos nos anime y nos aliente:

España: Una.

España: Grande.

España: Libre.

¡Arriba España!

Tip. de GARCIA FLORIANO

Carrasco, núm. 40

CACERES



LA FALANGE

SUPLEMENTO AL NUMERO 164

— 15 —
céntimos

AÑO II

Semanario de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

Cáceres 8 de Noviembre de 1937

Núm. 164

LA VOZ DE LA FALANGE

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA POR NUESTRO CAMARADA FERNANDEZ CUESTA, EL DIA DE "LOS CAIDOS"

Texto taquigráfico del discurso.

Saludo y gratitud

Camaradas del yugo y de las flechas: Camisas azules de la Patria, participes en la revolución nacional y en la salvación de España: escuchad a un viejo camarada, que al encontrarse de nuevo entre vosotros, merced a las gestiones del Caudillo, a quien rindo todo el tributo de mi pública gratitud, desde esta tierra de clásica belleza, más bendita que nunca porque está empapada con la sangre de muchos de sus hijos, baluarte magnífico de nuestra reconquista, ganada y defendida por obra milagrosa de un heroico soldado español, os dirijo un saludo, un saludo tan lleno de emoción que ni la sobriedad militar de nuestro estilo ni la rigida disciplina de nuestros actos han podido evitar.

Escuchad una voz de la Falange: En este instante transido de dolor al recordar al amigo de siempre, compañero de los años difíciles, al que luchando solo contra los egoismos y rencores en que se desenvolvía la vida nacional, supo encontrar de nuevo la vena auténtica de España, y volver hacia ella los ojos de su juventud de héroe, al Ausente, al que, teniéndolo todo, todo lo dió por su Patria, al que siendo el mejor entre los mejores, es acorralado, afrentado, encerrado como fiera salvaje, sin tener más culpa ni haber cometido más delito que lo sublime de su valor y lo excelso de su inteligencia. (Ovación.)

Al recordar a Julio Ruiz de Alda, a Onésimo Redondo y a tantos miles de camaradas nuestros, pedazos de nuestra carne, jirones de nuestra alma, que se fueron para siempre porque querían una España mejor y más humana esa España nueva que estáis forjando a paso de gigante, arrollando todos los obstáculos, en la que todos hemos pensado constantemente, los unos en las horas duras del combate, los otros en las noches tristes de las prisiones.

«No importa»

Pero no importa. «No importa» es nuestro lema. No importan las amarguras, no importan los sufrimientos, no importa la sangre vertida, no importa ni siquiera que nos hayan arrebatado tantas figuras queridas, porque lo que no han podido arrebatarnos ni nunca podrán, es su recuerdo, sus enseñanzas, sus doctrinas, que es la misma enseñanza al escuadrista bisoño que a los camaradas de la vieja guardia, y la lleváis metida en lo más hondo de vuestro corazón y en lo más profundo de vuestra alma. (Muy bien. Grandes aplausos).

Ni podrán tampoco arrebatarnos nunca el convencimiento absoluto de que lucháis, no por defender posiciones ventajosas ni privilegios irritantes, ni por aferrarnos en justicias seculares ni defender sistemas económicos caducos, ni para dividir a España en castas de conquistadores y de conquistados, ni mucho menos para que vuelvan a gobernar los caciques y los politicastros, los que no creían en la Falange cuando sus hombres ya caían abatidos por las balas en las calles de nuestras ciudades. Los caciques, los politicastros, que con camisas de cualquier color y con denominación nueva, juegan siempre a ganar y nunca a perder... (Una gran ovación, que se prolonga, corta el párrafo del orador, impidiendo escuchar el final).

Repito, los malos, los que por sus errores y equivocaciones están causando la muerte de lo más florido de la juventud de España, sepan que estáis luchando porque sabéis que vuestra causa es santa, que vuestra causa es justa, porque queréis que España sea Una, Grande y Libre, libre de la tiranía marxista roja, sin necesidad de que caiga en manos de los de ningún otro color, porque, en definitiva, no podréis consentir que la España de Isabel y de Fernando, de Leopanto y de El Escorial, de los santos, mártires y poetas, se pudiera convertir en el campo de

ensayo de las doctrinas de un visionario que calificaba de canallas a los trabajadores y que no veía en ellos sino el instrumento de comprobación de sus doctrinas.

Yo os aseguro, camaradas, que en todo el tiempo que ha durado mi ausencia, pensaba sin cesar en los antiguos y ansiaba conocer a los modernos, y hoy que os veo juntos, a los unos y a los otros, con las camisas viejas de la primera, con las camisas nuevas de la hora actual, hoy que por todas partes he comprobado vuestra abnegación y sacrificio en las horas difíciles atravesadas por la Patria, más que nunca me siento orgulloso de vestir este uniforme y afirmar mi fe nacionalsindicalista y ofrecérme sin reservas al servicio rendido de la Falange y de creerme uno de los más auténticos depositarios del pensamiento de José Antonio. (Ovación.)

Pues bien; con este título, para mí el más preciado—y que sepan los mal intencionados que lo invoco sin el menor afán de especular en él, que si lo hiciera sería el peor de los nacidos—os pido unión fraternal, camaradería entre nosotros, que desde el día en que nuestro Caudillo, alzando la bandera nacional, arrastró enardecido a lo mejor de nuestro Ejército y de nuestra juventud, se colocaron y siguen a sus órdenes, adhesión fiel y fervorosa hacia él; que le ayudemos sin reservas ni vacilaciones en la tarea que ha emprendido de rehacer la nueva España, tanto más cuanto más dolores nos cueste el alumbrarla.

Responsabilidad

Que os déis cuenta de la tremenda responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros, de la trascendencia de nuestros actos, que el mundo entero aguarda siempre con expectante curiosidad; del supremo afán diario del cumplimiento de nuestro deber, del deber sagrado que tenemos para nuestros muertos, de pagar la deuda que los que vivimos hemos contraído para con ellos,

para que en su implacable justicia no nos demanden ante el tribunal de su eterno desprecio los que han sabido llenar toda la anchura de la tierra de España para morir por ella. (Gran ovación).

Porque tened muy presente que el Alzamiento nacional, iniciado por el Ejército dentro del clima que nosotros habíamos sabido crear, y seguido por varias fuerzas civiles, ha venido a polarizarse alrededor de las dos que representan la antítesis de la España que teníamos y, por ello la nuestra, la que ya viene, la que ya está llegando. Y es esto así. Y si es mucho lo que nos une y poco lo que nos separa, no podíamos faltar a la cita histórica que Dios nos ha deparado y aprovechar la coyuntura que se nos presentó y que quizás no vuelva a presentarse en muchos siglos, de modelar a España a nuestro gusto, formando un frente homogéneo de combate que oponer a las fuerzas de la anti-España, que no creáis que tan fácilmente se han de conformar con desaparecer.

Posición de gobierno

Y no olvidéis tampoco que hemos remontado ya la cumbre de la posición rebelde para empezar a descender a la llanura de la serena gobernación, donde, sin dejar enfriar para nada la llama de nuestro ardor militante, hemos de demostrar al mundo que tenemos no sólo la capacidad heroica necesaria para morir por España si es preciso, sino también la capacidad política necesaria para trabajar por ella y hacerla revivir. Y en esta hora final de reconquista en que vivimos, de dolor y de tragedia y en trances tales, los pueblos, como los hombres buscan unión y no división, hermandad y no antagonismo. Tenedlo muy en cuenta y no vayamos a hacerle el juego al enemigo común, encubierto o descarado. No vayamos también por nuestra incomprensión a hacer esteril el triunfo de las armas,

como sucedió en España en otra ocasión, también de independencia.

Somos un movimiento nacional que abarca toda España

Y no olvidéis tampoco, no olvidéis que no somos una fracción ni un partido político más, que somos un movimiento nacional que abarca España entera y, por consiguiente, que no podemos cruzar los brazos ni cerrar los brazos a todos aquellos que, arrepentidos de los pasados errores o desaparecida la nube de su razón al conjuro de lo exacto de nuestras previsiones y lo auténtico de nuestras doctrinas, vuelven hacia nosotros con afanes de hermandad y deseos de cooperación. Pero que tengan mucho ojo. Se lo advertimos lealmente. Que nuestro juego es limpio, enérgico, viril. Que sacerdotes de nuestro culto, no consentimos ni herejías ni falsificaciones. Que estamos en tarea de servicio y no de beneficio, dispuestos, como siempre, a arrojar de las tiendas inmaculadas de nuestro campamento a todo aquel que crea que por ser rico en caudales de dobleses las puede manchar. (Ovación).

Nosotros somos sinceros y no engañamos a nadie. La revolución roja se ha caracterizado por ser la revolución de la falsificación y del engaño. Es la revolución del fraude. Se hace con el nombre de la tolerancia, y las iglesias están destruidas o dedicadas a menesteres profanos. Se hace en nombre de la libertad, y es la tiranía marxista la que impera. Se hace con el nombre de la redención del proletariado, y sus hombres, los proletarios, se encuentran más enloquecidos por el hambre y más famélicos que nunca. Se hace en nombre de la independencia, y las brigadas internacionales son sus principales fuerzas de choque, y sus mandos extranjeros los más importantes.

La constante verdad de la Falange

Nosotros, en cambio, desde el primer momento, desde el día que alzamos bandera el 29 de Octubre de 1933, precisamente en el acto que hoy conmemoramos, a través de la voz mágica y profética de José Antonio y de otros camaradas, lanzamos al viento el grito de advertencia, dignos, sin rodeos, sin ambages ni celajes de ninguna clase, contra las doctrinas económico-políticas del liberalismo, señalando que era el camino llano que nos había de conducir al régimen bolchevique; que no se trataba de ganar elecciones ni de derribar gobiernos; que se trataba nada menos que de escoger entre dos caminos, entre dos concepciones de la vida: de un lado la asiática, mate-

rialista y de clase, y de otro, la occidental, cristiana y totalitaria. Y dijimos también que la fuerza arrolladora del proletariado, basada en gran parte de la justicia de sus reivindicaciones, no se podía contener con débiles defensas, sino que era preciso emplear procedimientos nuevos, heroicos, tajantes, como ya los habían empleado otras naciones que habían pasado por situaciones semejantes a la nuestra, inspirados siempre en romper la capa, la modalidad que había imperado en España en los últimos años, dándole una emoción histórica hacia arriba y asentándola en una auténtica justicia social por abajo. Pues bien, cuando llegue la victoria, fijando el término de la guerra, cuando nuestras banderas victoriosas, al llegar hasta el último rincón de la Patria, permitan que nos pongamos en contacto con las grandes masas proletarias, urbanas y campesinas, cuando, como ha sucedido ya en muchos de los pueblos, se han enterado de lo que somos y de lo que realmente representamos, tened la seguridad, camaradas, de que esos miles de hombres proletarios y rebeldes, los no repugnantes y asesinos, que han cometido crímenes que rechaza toda conciencia honrada, y que no pueden quedar impunes, esos miles de hombres, repito, que queramos o no queramos tienen que convivir con nosotros, porque Dios lo ha dispuesto, para ventura suya, que nazcan en España y que sean españoles, a los cuales no se les puede dejar abandonados en su desesperación, sin cobijo para sus almas y para sus cuerpos; esos miles de hombres llorarán de remordimiento al ver que los que ellos creían sus más feroces enemigos, luchaban por su auténtica redención, por librarles de la tiranía de los dirigentes, que habían envenenado sus almas sencillas, y por darles, entre otras cosas, el que puedan entender y amar una Patria grande, de ancha prole, en la que todos quepamos como hermanos, el pan que necesitan y la justicia que han anhelado tanto tiempo. (¡Bravo! Entusiasta ovación de la concurrencia puesta en pie. Una voz grita: «¡Esa es la Falange!»)

Nuestra Revolución

Porque somos revolucionarios, profundamente revolucionarios. Y al escuchar estas palabras, nadie se rasgue las vestiduras ni se apresure a incluirnos en la casilla de sus recelos o de su odiosidad, porque lo somos no en vulgar concepto del dinamitero de mirada torva o corazón reseco, que quiere destruir todo sin construir nada, sino que lo somos en el sentido de hombres conscientes que entienden que la tarea de la generación actual no es sólo la de impedir que en España impere el comunismo, sino implantar un

orden nuevo: (el de hombres que, hartos ya de tantas vacilaciones, verbalismo y fórmulas políticas, que en teoría son todas magníficas, ansian realidades, decisiones, ser mandados con energía, para que con ímpetu arrallador, pero siempre al servicio de un enorme Poder), calar hasta la raíz de la vida española e implantar un régimen que no sea burgués, ni proletario, ni aristócrata, sino para todos los españoles, siempre que todos cumplan con los deberes que su posición en la vida y el interés público exijan. Un régimen en el cual el Estado, sea el pueblo y el pueblo sea el Estado, a través de la escala intermedia del partido; un régimen en el cual las tradiciones históricas de nuestro pasado se armonicen con las exigencias económicas del tiempo en que vivimos y en el que los grandes núcleos de obreros españoles, antes abandonados, mejoren su condición de vida, pero no mediante obras de caridad o de beneficencia, graciosamente concedidas, sino por el imperio de estricta justicia; un régimen en el cual—esto sí es importante—en que todos esos grandes núcleos de obreros españoles se sientan realmente incorporados dentro de la vida nacional.

Nacional-sindicalismo

Porque somos nacionalsindicalistas; es decir, queremos llevar el sentido de subordinaciones de todos los organismos y de todas las instituciones al interés superior de la nación, y queremos montar la vida económica sobre la base sindical, perfectamente compatible con el capital, elemento necesario para la producción, y con la propiedad privada, siempre que sea consecuencia legítima de un esfuerzo personal, pero incompatible con todos esos cubiletes de las jugadas de Bolsa, de los préstamos usurarios, de las combinaciones de la democracia mercantil, de las sociedades anónimas, y, en definitiva con esa serie de abusos del capitalismo especulador. Porque el capitalismo moderno, en un principio, fué familiar; después de grandes dinastías y más tarde de grupos industriales, hipertrofiados, que le hicieron perder aquellas cualidades de libre concurrencia y de iniciativa que le caracterizaba. El capitalismo, tal como está planteado en la actualidad, ha dado ya todo su jugo de que era capaz y tiene que ser sustituido por otro sistema que, sin caer en la aberración comunista o en otros extremos peligrosos, pueda cumplir el fin que está llamado a llenar.

No queremos ni comunismo, reservándose el producto de nuestros trabajos, ni capitalismo explotador, que tan mal nos parece. Ni que el producto del trabajo de cada uno vaya a parar a la colectividad ni que el producto del trabajo de todos quede en be-

neficio exclusivo de unos cuantos privilegiados. (Ovación.)

Tradición, que, como dijo José Antonio, no es copia servil del pasado, sino afán de adivinar lo que los antiguos harían en nuestras actuales circunstancias. Jerarquía, autoridad, Patria, pan, justicia, sentido militar y religioso de la vida, estas son las normas de nuestra conducta, los pilares de nuestro edificio, la estrella polar que ha de guiar nuestra navegación.

Y cuando hayamos dado cima a la tarea de construir el Estado Nacional-sindicalista que nosotros queremos implantar, cuando el edificio esté sólidamente asentado con carácter de permanencia, en condiciones de resistir los embates de todas las mareas, sin temor a fisuras ni resquebrajamientos, si entonces España, cediendo al impulso de su pasado y de su tradición, reclamase una determinada forma de representación simbólica la Falange que tiene voluntad de Imperio y tiene un solo jefe, creo yo, personalmente, que al menos, en teoría, nada tendría que objetar.

Arriba España

Y ahora, camaradas, vosotros, los que con fe de iluminados empuñáis el fusil en las trincheras; vosotros, los que en la retaguardia, para ganar la paz soportáis estoicos todas las chinchorrieras de la estupidez humana; vosotros, los que en la zona mártir aún lleváis la cruz del martirio, que nada os desanime ni desaliente: firmes en vuestros puestos, en línea de combate.

Tenemos un Caudillo, y guiados por él recorreremos la ancha vía de nuestras ilusiones, y si surgen obstáculos, mejor. Nosotros los venceremos. Si hay que morir de nuevo, moriremos también. Pero España es ya nuestra. La tenemos en los brazos, y pase lo que pase, nadie nos la arrebatará, porque hemos celebrado bodas, hemos celebrado nupcias entrañables y sangrientas, y ya no hay poder humano que nos la pueda arrebatar. (Atrona ovación.)

Escuadras de Falange: Juventud de la Patria: Alza! vuestras banderas y vuestros estandartes que en España ha amanecido ya. Extended bien la mano, y decid con voz recia y templada que se oiga muy claro y en todas partes, que resuene en nuestros corazones como un grito de victoria que a todos nos anime y nos aliente:

España: Una.
España: Grande.
España: Libre.
¡Arriba España!

Tip. de GARCIA FLORIANO

Carrasco, núm. 40

CACERES